

TRILOGÍA DE TRAJANO. VOLUMEN III

SANTIAGO POSTEGUILLO

LA LEGIÓN PERDIDA

EL SUEÑO DE TRAJANO



Santiago Posteguillo



La legión perdida

El sueño inmortal de Trajano

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Santiago Posteguillo, 2016
© Editorial Planeta, S. A., 2016
Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Diseño de la colección: © Compañía
Ilustraciones de guerreros: © Luis Doyague
Ilustraciones de los mapas de interior y de las guardas delanteras: © Gradualmap
Ilustraciones de las guardas traseras: © Alademosca

Primera edición: febrero de 2016
Depósito legal: B. 93-2016
ISBN 978-84-08108-1
Composición: Víctor Igual, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

ÍNDICE

Agradecimientos	7
Información importante para el lector	11
<i>Dramatis personae</i> en tiempos de Craso y la Legión Perdida	15
<i>Dramatis personae</i> en tiempos de Trajano	17
<i>Prooemium</i>	21

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso, mediados del siglo I a.C.

LIBRO I

1. La maldición de Ateyo	25
2. El rey de Armenia	31
159 años después	35

HISTORIA DE TRAJANO Principios del siglo II d.C.

LIBRO I

Misiones secretas

3. El final de un gladiador	39
4. La emperatriz Deng	47
5. La retirada de los gladiadores muertos	53
6. La arena de Arabia	59
7. La capital del mundo	61
8. El precio de la libertad	68
9. Una propuesta de los kushan	74
10. Aryazate	83

11. Los espías.	95
12. Montes Nivium	100
13. El cuadrado mortal.	104

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA
Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C.

LIBRO II

14. El pasado de Craso.	111
15. Las órdenes del rey de partia	115
16. Ariemnes	119
17. Marchas forzadas.	124
18. El cuadrado	131
19. El contraataque de Publio Licinio Craso.	142

HISTORIA DE TRAJANO
Principios del siglo II d.C.

LIBRO II

Casus belli

20. La carta de Palma	153
21. El silbido de la muerte	161
22. La vieja ciudad.	167
23. Kanishka	176
24. La batalla naval	182
25. La carne de los sacrificios.	194
26. Un nuevo rey.	201
27. La educación de Tamura	205
28. Una carta de Plinio	212
29. La intuición de Rixnu.	222
30. La columna Trajana	226
31. Los planes de Osroes	238
32. Una reunión extraña	242
33. El nombramiento de Adriano	246
34. El secuestro	252
35. El viaje de Kan Ying	262
36. La última lección.	274

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA
Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C.

LIBRO III

37. El silencio de los tambores	283
38. La segunda batalla	286
39. La retirada	289
40. La fiesta del rey de Armenia.	302
41. La segunda retirada	305
42. La fiesta del rey de Partia	321

HISTORIA DE TRAJANO
Principios del siglo II d.C.

LIBRO III

Armenia

43. Un encuentro en Atenas	333
44. El viaje del Anticristo	345
45. El río de Trajano	348
46. El oráculo de Delfos	355
47. Luz en la noche.	363
48. Un César en Asia	373
49. Marfil	384
50. Un sueño imposible	389
51. La hermosa Yan Ji	392
52. La ruta de Trajano	401
53. En el fin de los mapas.	406
54. Reescribiendo la historia	412
55. El cónclave secreto	420
56. La conquista de Armenia	425
57. El ataque pirata	430

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA
Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C.

LIBRO IV

58. Merv.	441
-------------------	-----

HISTORIA DE TRAJANO

Principios del siglo II d.C.

LIBRO IV

Mesopotamia

59. La doble columna	453
60. Un nuevo barco.	461
61. La marcha de Quieto	468
62. La descendencia de Serviano.	472
63. La carta de Li Kan.	477
64. El bosque de Nísibis	482
65. El gran océano	489
66. <i>Armenia et mesopotamia in potestatem P.R. redactae</i>	495

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA

Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C

LIBRO V

67. La huida.	503
68. Mercenarios.	511

HISTORIA DE TRAJANO

Principios del siglo II d.C.

LIBRO V

La cólera de los dioses

69. El rugido del inframundo	517
70. El ingenio de Zhang Heng.	528
71. Los supervivientes	535
72. La decisión de Arrio	539
73. En guerra contra los dioses	544
74. El imperio Kushan	559
75. El poder de Ignacio	569
76. La carta de Fan Chun	573
77. Los recuerdos de Li Kan.	576

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA
Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C

LIBRO VI

78. La embajada Han	581
79. El general Chen Tang	585
80. La puerta de Jade	591

HISTORIA DE TRAJANO
Principios del siglo II d.C.

LIBRO VI

El invencible Tigris

81. El fantasma de la legión perdida	597
82. La batalla del Tigris	606
83. La prudencia de Kanishka	623
84. El infranqueable Tigris	627
85. Las cadenas del profeta	635
86. La sombra de Trajano	637
87. La cacería del tigre	642
88. Un nuevo pretendiente	649
89. El descanso del águila	655
90. Los besos de Tamura	659
91. La muerte de Trajano	666
92. La flor de loto	670
93. Naharmalcha	681
94. La decisión de Osroes	687
95. Encuentro entre dos mundos	701
96. La victoria absoluta	712

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA
Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C

LIBRO VII

97. El plan del general Tang	731
98. La carga de la caballería <i>hsiung-nu</i>	743
99. La batalla de Kangchú	755

HISTORIA DE TRAJANO
Principios del siglo II d.C.

LIBRO VII

La rebelión

100. La maldición de Babilonia	783
101. La política de Kanishka	797
102. Partia oriental	799
103. El despertar	802
104. El brazo derecho del César	807
105. Los impuestos de Roma	818
106. La capital de los han	823
107. El discurso de Quieto	832
108. El mensaje secreto.	841
109. La cabeza de Sanatruces	849
110. La sangre de los cristianos	855
111. Un nuevo plan.	858
112. Empujar	873
113. La extensión del Imperio	876

HISTORIA DE LA LEGIÓN PERDIDA
Tiempos de Julio César, Pompeyo y Craso,
mediados del siglo I a.C.

LIBRO VIII

114. El final de la legión perdida.	885
115. El principio	889

HISTORIA DE TRAJANO
Principios del siglo II d.C.

LIBRO VIII

El final de un sueño

116. La sucesión	897
117. El regreso del rey de reyes	910
118. El asalto al poder: Imperio romano.	913
119. El asalto al poder: Imperio han	923
120. Los mensajes de Fédimo.	932
121. El mundo está lleno de sorpresas	936
122. Un nuevo emperador	940
123. El destino de Aryazate	947

124. La detención de Quieto	953
125. Tres opciones para Tamura	961
126. La caballería de Quieto	964
127. El consejo de la emperatriz Deng	974
128. La tercera opción de Quieto	976
129. La tercera opción de Tamura.	982
130. Los detalles	988
131. Los descendientes.	991
132. El puente sobre el Danubio	998
133. El cruel Vologases	1004
134. El funeral y el triunfo de Trajano.	1019
135. Un libro para una nueva alianza	1028
136. Un emperador demasiado grande.	1031
137. Los bosques del norte.	1037
Epílogo	1043

APÉNDICES

1. Nota histórica	1051
2. Glosario de términos latinos.	1067
3. Glosario de términos partos y de vocablos de otras lenguas habladas en el Imperio parto	1097
4. Glosario de sánscrito.	1101
5. Glosario de chino clásico	1105
6. Árboles genealógicos	1111
Árbol genealógico de la dinastía Ulpio-Aelia o Antonina	1113
Árbol genealógico de la dinastía Arsácida parto.	1114
7. Mapas.	1115
7.1. Plano de Roma a comienzos del siglo II d.C.	1117
7.2. Plano de Partia a comienzos del siglo II d.C.	1118
7.3. Batalla de Carrhae (fase I)	1119
7.4. Batalla de Carrhae (fase II)	1120
7.5. Batalla del Tigris (fase I)	1121
7.6. Batalla del Tigris (fase II)	1122
7.7. Batalla de Kangchú (fase I)	1123
7.8. Batalla de Kangchú (fase II)	1124
7.9. Batalla de Kangchú (fase III)	1125
8. Ilustraciones de diferentes guerreros y legionarios . . .	1127
9. Bibliografía	1133

LA MALDICIÓN DE ATEYO

Ciudad de Zeugma, junto al Éufrates
Oriente de Siria, frontera entre Roma y Partia
53 a. C.

Druso era un joven centurión de las legiones de Craso desplazadas a Asia para la mayor de las conquistas jamás imaginadas, pero los legionarios bajo su mando no parecían estar tan seguros de que todo fuera a salir bien. Sus hombres hablaban a su espalda mientras él oteaba el horizonte con la mano derecha sobre la frente para protegerse de un sol abrasador.

—Este calor es infernal —empezó Cayo, uno de los soldados más veteranos pese a su juventud, mientras se arrodillaba junto al río Éufrates para echarse algo de agua por el cuello y refrescarse.

—Y no nos toca cruzar hasta el mediodía —añadió Sexto, más joven aún y más inexperto, angustiado por el sudor y la espera interminable—. Aquí no hay sombra donde guarecerse.

Druso pensó en decir algo, en insistir en que eran legionarios de Roma y no niños que tuvieran que estar siempre al abrigo de las inclemencias del tiempo, fueran éstas el gélido frío de las montañas de Helvetia o el asfixiante calor de aquel sol de Siria, pero optó por beber agua y callar. Craso, el cónsul al mando de aquella expedición, había programado aquel cruce del río de forma demasiado lenta; sin duda no parecía el mejor de los líderes posibles. En eso sus hombres llevaban razón y por eso hablaban y se lamentaban.

—Ahora tenemos este sol, sí —continuó Cayo—, pero recordad los truenos y los relámpagos de los días pasados, como venidos de la nada. Y el viento huracanado que hundió varias

balsas ayer. Hasta uno de los decuriones se vio arrastrado por las aguas y aún no han encontrado el cuerpo. Y acordaos también de lo que cuentan en la primera legión del estandarte con el águila cuando lo levantaron para empezar a cruzar el río.

—Es cierto: todos son malos augurios —completó Sexto—. El estandarte se giró solo, como si quisiera dirigirse de regreso a Roma.

—Y para colmo ya sabéis qué sacos de comida han abierto los primeros, ¿verdad? —preguntó Cayo, pero feliz al ver que todos negaban con la cabeza se situó en medio del corro de sus compañeros legionarios, que lo escuchaban atentos; le encantaba ser el centro de atención—. Lentejas y sal. Sí, éstos son los sacos que han abierto primero.

Todos negaban con la cabeza como intentando así hacer desaparecer aquella atrocidad. Las lentejas y la sal eran alimento de duelo y se otorgaban como ofrendas a los muertos con frecuencia.

—Es la maldición de Ateyo —añadió Cayo para rematar su perorata desmoralizadora, pero en ese momento Druso intervino al fin y lo interrumpió antes de que siguiera.

—¡Por Hércules! ¡Ya es suficiente! ¡Parecéis viejas a la luz de una hoguera contando historias para asustar a niños cobardes! El tribuno me ha dicho que cruzaremos el río en el siguiente turno por el puente de barcazas, así que recogedlo todo y preparad los pertrechos para llevarlos a la espalda. ¡Trabajad y callad, por Júpiter!

Praetorium de campaña

—Alguien tiene que hablar con el ejército e insuflarle valor —dijo Casio, el *quaestor* de las legiones desplazadas a Oriente.

Marco Licinio Craso, el cónsul al mando de aquella gigantesca maquinaria de guerra de más de sesenta mil legionarios, escuchaba sentado en su *sella curulis*.

—Cuando dices alguien, te refieres a mí, ¿no es así, Casio? El *quaestor* asintió con firmeza.

Craso inspiró profundamente. Los malos augurios los perseguían desde el mismísimo inicio de la campaña y no parecía que hubiera forma de quitar esas ideas absurdas que tenían los legionarios sobre un gran fracaso en aquella guerra de conquista.

—Es la maldición de Ateyo —añadió Casio—. Hay muchos legionarios que parecen incapaces de borrar de su memoria las palabras de ese maldito tribuno de la plebe.

—¡Lo sé, lo sé! ¡Por Marte! —exclamó Craso exasperado al tiempo que se levantaba y empezaba a pasear de un lado a otro de la tienda con las manos en la espalda, como si se hubiera convertido en un león enjaulado que esperara su turno para saltar a la arena—. ¿Han terminado ya de cruzar el río?

—Esta tarde culminaremos la operación —confirmó Casio.

—Sea, entonces ése será un momento bueno para hacer más sacrificios y hablar al ejército. Que se reúnan las tropas junto al río al atardecer.

Craso volvió a sentarse y levantó la mano derecha. Casio comprendió que la conversación había llegado a su fin. El *quaestor* dio entonces media vuelta y salió de la tienda del *praetorium*. No obstante, seguía intranquilo. ¿Era Craso capaz de acometer con éxito la mayor de las conquistas o, por el contrario, era un hombre débil y corrupto que los conduciría a todos al desastre absoluto? Era difícil leer el futuro, por lo que Casio buscó en el pasado algo que le diera esperanzas repasando el historial del cónsul. No lo encontró. Una victoria contra un ejército de esclavos y un enriquecimiento extraño: ése era el dudoso bagaje de Marco Licinio Craso.

Al anochecer

Una tienda de legionarios

Una vez cruzado el río, al abrigo de un brasero, se reunieron Sexto, Cayo y los otros seis legionarios de su *contubernium* o unidad militar dentro de la tienda que acababan de montar. Como el resto de los soldados del ejército, habían asistido al discurso que el cónsul Craso había hecho una vez terminada

la operación de cruzar el Éufrates y habían asistido también a los sacrificios. Los ánimos, sin embargo, no habían mejorado.

Cayo habló en voz baja mientras se repartía algo de vino que Craso había ordenado distribuir entre la tropa con el fin de subir la moral de todos y para celebrar que se había entrado en territorio parto sin que el enemigo ocasionase problemas. El centurión Druso, como era oficial, no dormía con ellos, y eso dio a Cayo la posibilidad de retomar sus lúgubres predicciones de la mañana.

—Todo son malos augurios. ¿Habéis visto cómo se le han caído las vísceras a Craso?

Era cierto: al cónsul le había temblado el pulso o había estado torpe al coger una de las vísceras de uno de los animales sacrificados para examinarla y se le había caído al suelo. Craso se dio cuenta de que todos observaron el incidente como un mal augurio, pese a que la víscera no parecía estar en malas condiciones. Intentó solucionar su torpeza con el discurso en el que, entre otras cosas, dijo que aunque se le podía haber caído una víscera nunca se le caería un arma de las manos. Pero dijo más frases, alguna de las cuales resultó también desafortunada, al menos a oídos de quienes lo escuchaban ya de por sí temerosos de emprender aquella campaña.

—Y eso que ha dicho el cónsul luego, lo del puente —añadió Sexto—, ha sonado terrible.

Craso había anunciado que iba a destruir el puente de barcas porque ninguno de ellos volvería a cruzarlo.

—Imagino que quería decir que lo derribará para que no retrocedamos o algo así —continuó Sexto—, o quizá porque quiere dar a entender que como vamos a ganar nos quedaremos ya como vencedores al otro lado del Éufrates y transformaremos todo el Oriente en una gran provincia romana, pero ha sonado mal; en eso tiene razón Cayo, ¿no creéis?

—A mis oídos —respondió Cayo—, ha sonado como si ninguno fuéramos a regresar vivo de esta campaña. Es la maldición de Ateyo —insistió el legionario, que al ver que todos lo miraban intrigados se sintió espoleado a seguir hablando—. Conocéis esa maldición, ¿verdad? Lo que ocurrió cuando Craso salió de Roma.

Todos negaron con la cabeza. Los compañeros de Cayo se habían unido al ejército expedicionario provenientes de una *vexillatio* de una legión apostada fuera de Italia y no habían presenciado la salida de Craso de la ciudad. El nombre de Ateyo les resultaba familiar por ser un político importante y algo se rumoreaba de una maldición, pero desconocían con exactitud la historia en cuestión.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Sexto, que como compartía con Cayo ser de Corduba había trabado más amistad con él—. Todos hemos oído hablar de esa maldición, pero ¿qué es lo que dijo realmente Ateyo, el tribuno de la plebe, cuando Craso salió de Roma?

—Ateyo no veía con buenos ojos que Craso emprendiera esta campaña contra Partia —explicó Cayo con rapidez, siempre en voz baja, como si compartiera con ellos el misterio de un secreto—. Este tribuno de la plebe argumentó para oponerse a esta campaña que los partos no habían atacado ninguna de las poblaciones amigas de Roma en Oriente y que ésta sólo buscaba el enriquecimiento personal de Craso, nuestro cónsul. Ateyo siguió oponiéndose a la salida de Craso al mando del ejército desde la ciudad de Roma. Insistió en que el Senado tenía acuerdos firmados con los partos y que el ataque de Craso iba contra dichas alianzas. No obstante, como el cónsul y sus amigos en el Senado siguieron apoyando la campaña, cuando Craso salía de Roma Ateyo se plantó en una de las puertas de la ciudad y ordenó a algunos de sus asistentes que detuvieran al cónsul, pero se encontró con la oposición de otros tribunos de la plebe. Algunos dicen que éstos habían sido comprados con el oro de Craso, pero esto no lo sabe nadie. El caso es que Craso pudo cruzar la puerta y salir de la ciudad para ponerse al frente de este gran ejército y aquí estamos ahora todos al otro lado del Éufrates.

Aquí Cayo detuvo su relato, entre otras cosas, para coger algo de aliento y echar un trago de vino.

—Pero eso no explica lo de la maldición —dijo entonces Sexto.

—Cierto —convino Cayo—. Ésta es la parte más delicada de todo el asunto: Ateyo tuvo que hacerse a un lado por la

presión de los otros tribunos, pero subió a lo alto de la muralla Serviana de Roma, donde tenía un brasero llameante dispuesto para hacer libaciones y sacrificios. Echó incienso por encima de las llamas y profirió la más horrible de las maldiciones, implorando la ayuda de dioses casi olvidados por todos, pues seguía convencido de que incumplir los tratados firmados era una indignidad impropia de Roma. Lo grave es que dicen que, para asegurarse de que su maldición sería efectiva, Ateyo recurrió a la más horrible de todas: aquella en la que quien la profiere se garantiza el éxito de su maldición, a cambio de su propia vida.

—¿Y se sabe algo de cómo está ahora ese Ateyo? —preguntó Sexto.

—Ha desaparecido —respondió Cayo—. Algunos dicen que se oculta por temor a los enemigos de nuestro cónsul. Otros dicen que es seguro que ha muerto. En realidad nadie sabe dónde está.

Un silencio largo.

—¿Y cuál era la maldición exactamente? —preguntó al fin Sexto, poniendo palabras a lo que todos deseaban saber.

Cayo inspiró profundamente antes de responder:

—Ateyo dijo que todos los que siguieran a Craso más allá del Éufrates morirían engullidos por terribles nubes negras.